

Ben Pastor

Los pequeños incendios

Traducido del inglés por
Pilar de Vicente Servio

Alianza Editorial

Título original: *The Little Fires*

Esta edición se publica por acuerdo con Piergiorgio Nicolazzini Literary Agency (PNLA)

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o
científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

*Copyright © 2016 by Ben Pastor
© de la traducción: Pilar de Vicente Servio, 2018
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9104-867-1
Depósito legal: M. 22.333-2017
Printed in Spain*

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para Sim

Lista de personajes

MARTIN-HEINZ BORA, capitán del Ejército alemán, asignado a la Abwehr.

HANS KINZEL, coronel del Ejército alemán, asignado a la Abwehr.

JOHANNES BLASKOWITZ, teniente general, gobernador militar del norte de Francia y posteriormente comandante en jefe del primer Ejército alemán (OB West).

ARNO HANSEN-JACOBI, contraalmirante de la Armada alemana.

MANFRED HANSEN-JACOBI, alférez de navío de la Armada alemana, hijo de Arno.

MARIE GOUMELLEN, esposa de Arno Hansen-Jacobi.

ERNST JÜNGER, famoso escritor y capitán del Ejército alemán.

YANN ARDANT, líder nacionalista bretón.

ANTOINETTE HERRIEN, criada de Marie Jacobi.

CATHERINE «KATEN» LE POLOZEC, encajera bretona.

DREZ LE POLOZEC, obrero, su hijo.

ALBERT MAJONI (MAGGIONI), ladrón convicto y expresidiario.

MICHEL QUENEL, terrateniente y residente en Landerneau.

GILDAS (PÈRE GILDAS) HERVÉ, cura expulsado del sacerdocio.

JOZEF ZAWADSKI, librero polaco residente en París.

LANGLEIZ, médico residente en Landerneau.

INGEMAR SALLE-WEBER, comandante de las SS alemanas.
MORITZ-DIETRICH «TILO» SCHALLENBERG, coronel de las SS.
LA MÔME («LA MÔME CHOUETTE») LISIEUX, cantante francesa.

Prefacio

*Il y a des gens bizarres
dans les trains et dans les gares.*

Hay gente muy extraña
en los trenes y en las estaciones.

*(Paris Méditerranée,
canción francesa de 1938)*

«**M**I QUERIDO AMIGO:
»Como sabes, me quedé ciego hace veintidós años, a finales de la guerra. Este hecho dividió *de facto* mi vida en dos partes bien diferenciadas: la del *mundo visible*, que duró algo menos de cuarenta años, y la del presente (que, por desgracia, me parece ya tan larga) y que defino como la “cadena perpetua a la privación”, o *el mundo invisible*.

»Cuanto mayor me hago, más la considero una preparación para la noche eterna, que coge a otros por sorpresa en el momento de la muerte; mientras que para los que comparten mi cruz será una simple cuestión de continuidad.

»Recordarás de nuestras muchas charlas que la falta de visión, al contrario de lo que creen los que la desconocen, no encuentra una contrapartida, ni mucho menos un consuelo, en el agudizamiento de los demás sentidos. Gustar no es ver, tocar no es ver, oír no es ver y sobrevivir no es plenamente vivir.

»Con todo, no quiero que tomes estas reflexiones por una queja: como mi mejor amigo, eres perfectamente consciente de que he sabido arreglármelas todos estos años, tras el accidente. Pero, pero... permíteme que te cuente (porque quiero contártelo, no soy tan vanidoso como para ocultarlo) el episodio que me ocurrió hace unas tres horas.

»Iba en el tren que une Soissons con la Gare du Nord, de vuelta de mi casita de campo en Morierval, donde, como muchos parisinos, busqué refugio con “mis partidarios” (mi fiel Jacques y el grifón Spotty) al estallar la ofensiva alemana en junio. Según tengo entendido, formas parte de ese veinticinco por ciento de habitantes de la capital que decidió quedarse y capear el temporal; en cuanto a mí, digamos que la pasada guerra me dejó literalmente fuera de combate, *hors de combat*.

»Aun así, y muchas veces me lo has recriminado, nunca he tenido pelos en la lengua, y sigo sin tenerlos. Por eso, bastante molesto por unas vacaciones forzosas que duran ya más de cuatro meses, y decidido a hablar claro de *les sales boches*, como llevo llamando a nuestros enemigos de la otra orilla del Rin unos veintitantos años, antes de nada me aseguré de que no hubiese ninguno en el vagón en el que viajaba.

»—Estamos solos —me alegró escuchar de un compañero de viaje en el puro y familiar acento del Valle del Loira.

»—*Pas des sales boches?* —Insistí.

»—No hay cerdos alemanes, *monsieur*.

»*Et bien*. Hoy día, y Dios sabe por cuánto tiempo más, hay tan pocos sitios donde los franceses podamos hablar libremente... Pero poco a poco, como suele ocurrir durante un viaje, fui entendiendo por nuestra conversación que podía compartir con él mis pensamientos. A mi pesar por las pérdidas sufridas durante el verano, mi compañero contestó con gravedad: “sí, más de noventa mil muertos”, confirmando el tributo de sangre pagado por los franceses en esta lucha sin esperanza. Por su conversación, supuse que debía de ser un estudiante universitario (¿de Tours?) o tal vez un joven funcionario convocado a la capital para garantizar la continuidad de la República. La prudencia de sus expresiones me hizo inclinarme por la segunda posibilidad.

»Di rienda suelta, entonces, a toda la amargura que me provocan el ultraje a nuestra nación (favorecido sin pudor por nuestros cobardes políticos), el sacrificio inútil de nuestros soldados y el exilio de la seguridad de mi residencia parisina. No esperaba una respuesta entusiasta por parte de mi interlocutor: no, porque entiendo la reserva que otros puedan

sentir en los tiempos que corren, aunque vayan sentados en un coche de primera clase aparentemente seguro. Lo que me consoló fue su delicadeza, típicamente francesa, al asentir con cortesía sin perder la medida; como mucho, con ese toque de condescendencia que, en ocasiones, muestran los jóvenes hacia los mayores.

»Conversando sobre esto y aquello, incluidas las restricciones actuales y la incesante lluvia que aflige a la región desde hace días, fuimos acercándonos a nuestro destino. Me creerás si te digo que intuí la cercanía de París antes incluso de que la frecuencia de los cambios de agujas me confirmase que llegaríamos pronto, perfectamente puntuales.

»Una vez en la estación, donde me esperaba mi cuñada Jeanne, me encontré en el ya conocido aprieto de tener que apearme, entorpecido más que ayudado por mi bastón, y no precisamente auxiliado por mi avanzada edad.

»Oí que mi compañero de viaje se levantaba antes incluso de que se detuviese el tren, bajaba su equipaje de la rejilla y se afanaba por entregarme el mío (viajaba con una maleta pequeña, ya que todo lo que necesitaba, si no me lo habían robado *les sales boches*, me esperaba en casa). Tras buscar mi codo derecho para ayudarme a levantarme del asiento, mi compañero se aseguró de que, una vez en pie, tuviese bien agarrado el bastón con la mano.

»Cuando viajo en tren, tengo la costumbre de golpear una vez el suelo con el bastón en dirección a la salida. Al hacerlo, toqué sin querer el pie de mi interlocutor. Rozándole el borde del talón, me eché a un lado, pero mientras pedía disculpas por mi torpeza, la punta del bastón se deslizó hacia delante, rodeándole el tobillo. Entonces, sentí el contacto con la hebilla y el gallo de acero de una espuela de caballería y, al subir por la pierna, descubrí que estaba enfundada en rígido cuero.

»¡La bota prusiana! ¿Cómo olvidarla?

»Imagínate mi angustia: hasta aquel momento, y durante las últimas dos horas por lo menos, ¡había criticado animadamente a *les sales boches* en presencia de uno de sus oficiales!

»“Por favor”, continuó, engañándome una vez más con el habla impecable de nuestra región más refinada, y, aunque opuse resistencia, me acompañó con firmeza mientras bajaba los escalones, hasta que llegamos al andén. Hacía frío y fuera de la estación llovía a cántaros, pero créeme si te digo que me hervía la sangre de humillación. Tanto me ofendió su estratagema (¿con que no había cerdos alemanes en el vagón? Resulta que había UNO, y encima un oficial) que me sentí tentado de arremeter contra él y al diablo con las consecuencias.

»Pero mi compañero de viaje tuvo a bien poner punto y final a nuestro encuentro deseándome irónicamente un buen día e instándome a que me asegurase, la próxima vez, de que mi interlocutor fuese de verdad uno de los nuestros. “Uno de los suyos”, fue lo que dijo.

»Blandiendo el bastón, golpeé el aire, impotente como Ulises al no poder tocar a los muertos en el Hades. Pero entonces, Jeanne, que debía de haber observado la escena desde lejos, se adelantó, nerviosa, llamándome por mi nombre.

»¿Qué más puedo decir? Te escribo esto, mi querido amigo, no porque me guste admitir mi metedura de pata, ni mucho menos para justificar la barbarie alemana con el comportamiento superficialmente civilizado de uno de ellos.

»El episodio del tren me llena de rencor. Fue la explosión de una mina alemana la que me privó de la vista hace veintidós años, a las puertas de Verdún. Desde mi ceguera, no puedo evitar desearle a mi colega desconocido (y a los suyos) que, en todas partes, durante el tiempo que permanezcan en París y en Francia, todos y cada uno de ellos compartan mi privación: enemigos rodeados de rostros vacíos, rehuidos por las miradas. El mero hecho de mirar a alguien es una metáfora de una relación; relación que debe negarse a los alemanes, ahora y siempre.

»Pasando a noticias menos patrióticas y más mundanas, debes saber que, por suerte, lo encontré todo en su sitio en mi piso de Passy; hasta el correo que había llegado en estos meses, y (Jeanne me lo confirma) la

escarpela con los colores de Francia sigue junto al timbre. Es a ella a quien he dictado estas líneas, que ahora confío a tu atención y comprensión, junto con una cesta de avellanas y otros frutos secos que mandé enviar de mi casita de Morierval.

»Te saluda atentamente,

»Philippe D.

»París, 24 de octubre de 1940».

Capítulo 1

Stadt ohne Gesicht.

La ciudad que no te mira.

(Descripción alemana
del París ocupado)

PARÍS, JUEVES 24 DE OCTUBRE DE 1940

NADIE LO ESPERABA en la estación. No es que Bora esperase un comité de bienvenida: era perfectamente capaz de llegar al cuartel general de la Abwehr en el bulevar Raspail sin apoyo local. Dependiendo de si había taxis disponibles frente a la estación o no, o bien cogería uno o tomaría la cuarta línea de metro hasta la margen izquierda. A lo largo de las vías, el viento llevaba un olor a ciudad del norte, que era también el olor de Berlín, a metal, grasa y combustible; solo que en Berlín, uno percibía de vez en cuando un tufo desconcertante a yeso húmedo y vigas carbonizadas, procedente de las ruinas del bombardeo del domingo por la noche.

«En Berlín hacía más frío —pensó mientras esperaba a que el mozo le trajese su baúl—. Llovía cuando me despedí de mi madre y de Dikta en la capital, donde Nina estaba de visita en casa del abuelo para encargarse de la sucursal berlinesa de la editorial, con Dikta para hacerle compañía y complacer al abuelo Franz-August, que tanto la aprecia. Y no ha dejado de llover desde entonces. También llovía en Colonia y no ha escampado en todo el viaje a París».

Llegaron el mozo y el baúl y Bora los siguió hasta la consigna. Su reloj indicaba las 10:15, igual que todos los relojes de la estación, que los administradores alemanes habían ordenado cambiar para adaptarse a la hora de Berlín. A pesar de haber salido en plena noche, se sentía descan-

sado. Un vuelo de dos horas y media lo había llevado de Berlín a Colonia, desde donde había proseguido cómodamente en tren hasta París. Hasta había tenido tiempo, en Mons, de bajarse y recoger un puñado de la tierra de la ciudad para su padastro el general, que había luchado allí en la gran guerra. En el viaje de vuelta, Bora tenía intención de llevarle otro recuerdo de Compiègne, donde se había firmado el armisticio de la victoria alemana hacía tres meses, en el mismo vagón de tren que se había utilizado para humillar al káiser en 1918. Tras devolverles la ofensa a los franceses, el Ejército había trasladado el «vagón de Compiègne» a Berlín como trofeo de guerra. Seguro que en el suelo aún había fragmentos del odioso monumento cercano, que mostraba el águila alemana herida de muerte, ahora destruido. En el viaje de vuelta, Bora planeaba añadir uno a los *souvenirs* para el general Sickingen.

La presencia alemana en la Gare du Nord era discreta. Se notaba que seguían órdenes estrictas de comportarse. Mientras se dirigía a la salida principal, Bora no pudo evitar oír retazos de animadas conversaciones entre colegas: «vamos ganando en todos los frentes...», «Inglaterra se rendirá pronto...», «los británicos y los demás ya han evacuado por mar un cuarto de millón de tropas...». Los periódicos, en francés y en alemán, informaban en grandes titulares de la reunión del Führer con el generalísimo Franco en Hendaya. En letra mucho más pequeña, se informaba del armisticio francoitaliano firmado en Roma, así como de las noticias locales («Detenido el dueño de un café por vender *pastis* de estraperlo», «Desmentidos los rumores de un feo incidente en Landerneau», «Exhibición en Berlín de la colección *L'Air du Temps*, de Nina Ricci»).

En comparación, el motivo de la presencia de Bora en París parecía rutinario, una simple misión de vigilancia. Solo se sentía algo incómodo por la admiración que sentía por el sujeto. Seguir a Ernst Jünger era como seguir los últimos veinticinco años de historia y literatura alemanas. Pero *der Krieger*, el guerrero en persona, el preferido entre los héroes de la gran guerra, que se suponía que debía esperar con su regimiento en Renania del Norte-Westfalia, se había presentado inesperadamente en

París hacía dos días y alguien tenía que echarle un ojo. «Echarle un ojo» no era el término técnico. No especificaba la naturaleza de la observación requerida, ni si era amistosa u hostil, o simplemente para recabar información. Información que, por supuesto, podría conllevar medidas amistosas u hostiles a su debido tiempo. Con un mínimo de dos semanas enteras a su disposición en Francia, Bora se dijo que mantendría la mente abierta y vería cómo evolucionaban las cosas. Salió de la estación y, protegido por la marquesina, aspiró el aire húmedo de la ciudad. Ahora, más que nunca, era un forastero en París.

En tiempos de guerra, tenía por costumbre aceptar los cambios que experimentaban las ciudades que había conocido en días más tranquilos, y cuyo tejido entendía como una geometría de monumentos, museos e iglesias, y las mismas ciudades en el presente. Al trazado de la metrópolis en tiempos de paz se superponía otra red, cuyas coordenadas denotaban puestos de mando, cuarteles y edificios requisados. Hasta los puntos de referencia más conocidos pasaban a un segundo plano, como meros accesorios. Así, Bora se imaginaba París como una red de centros neurálgicos: el distrito de la Gestapo que en tiempos fue el Faubourg Saint-Honoré, las cárceles y las zonas de detención, las calles en torno a la Place Vendôme, donde los cuarteles, restaurantes y cafés alemanes dibujaban su propia constelación. En comparación, el bulevar Raspail, situado al otro lado del río y adonde se dirigía, era como un pedazo de cielo a oscuras.

Mientras buscaba la parada de taxis más cercana, una chica del Cuerpo de Señales del Ejército lo saludó:

—¿*Hauptmann* Dr. von Bora? —Y cuando respondió afirmativamente, le tendió un sobre de manila tamaño folio—. Del *Oberst* Dr. Kinzel, señor.

Era extraño que usase sus títulos académicos. ¿Sería porque el Ejército alemán no quería ser menos en París y pretendía demostrar que podía competir con la ciudad de las luces? Los oficiales con carreras universitarias no eran precisamente mayoría. En cualquier caso, debía sonar

chic a oídos de los civiles. Más bien baja, con falda y chaqueta grises y zapatos planos negros, la chica personificaba el apodo con el que se conocía a estas auxiliares: los ratones grises. Miraba fijamente hacia delante, con el sobre en la mano enfundada en un guante gris.

Bora lo cogió.

—Gracias, *Führerin*.

La chica le lanzó una mirada desde debajo de la gorra decorada con la insignia del rayo. Del zurrón en bandolera del uniforme sacó y le tendió un segundo sobre, este sin señas y del tamaño de una carta. Bora supuso que contendría un mapa de la ciudad y se lo metió en el bolsillo sin mirarlo.

—El coronel lo espera en la librería Larousse del bulevar Raspail, *Herr Hauptmann* —añadió la chica, con lo que su misión debía darse por terminada. Pero al ver que se lo quedaba mirando, como despistada o confusa, o simplemente (le pasaba de vez en cuando) prendada por el atractivo del oficial, Bora repitió:

—Gracias, *Führerin* —para despacharla.

Aun así, no se apartó.

—Sí, señor. —Rápidamente se sacó del zurrón y le entregó lo que parecía ser la tarjeta de visita de una tienda—. Que tenga un buen día, señor. —Y se alejó con la insignia del rayo, su uniforme gris y sus zapatos planos negros.

Típico de un coronel de la Abwehr no querer encontrarse con él en el cuartel general, sino en la misma calle, pero en un sitio más anónimo. Dentro del sobre de manila, que Bora abrió antes de echar a andar bajo la lluvia, había un plano de París que incluía las líneas de metro, mil francos (una suma que, con la tasa de cambio actual, muy favorable para los ocupantes, equivalía a cincuenta Reichsmark, calderilla para los primeros gastos), una tarjeta con el número de teléfono y la dirección de la librería, un par de pases y otros papeles útiles. Todos encontraron refugio en su maletín.

En cuanto llamó con un gesto un taxi que esperaba a pocos metros, la lluvia empezó a arreciar. El conductor salió a recibirlo con un paraguas

abierto, bajo el que Bora evitó cobijarse. Tenía la costumbre de no dar nunca la dirección exacta a la que se dirigía, así que dijo:

—Al Palais de Bourbon —con la intención de recorrer a pie la distancia que separaba el palacio de su verdadero destino.

El tráfico era escaso. Circulaban pocos coches civiles; bajo paraguas de colores, vio a mujeres bien vestidas con sombreritos que iban de lo encantador a lo ridículo; se veían relativamente pocos uniformes, excepto en las cercanías de los cafés y otros locales públicos, donde, sentados bajo los toldos a pesar de la fría llovizna, los soldados alemanes bebían café y licores. Bora conocía París lo suficiente como para no pegarse, admirado, a la ventanilla del coche durante el trayecto: girarían a la derecha para ir desde la estación al río y después seguirían todo recto por el bulevar Lafayette. Una vez pasado el Sena, sabía cómo llegar a Raspail.

Era un momento tan bueno como cualquier otro como para abrir el sobre sin señas que llevaba en el bolsillo. Lo hizo sin llamar la atención y se sorprendió cuando un segundo sobre dirigido a él y marcado con las palabras «Estrictamente confidencial» le cayó en el regazo. El membrete indicaba la sección más alta de la Abwehr. Es decir, procedía del almirante Canaris, un hombre diminuto pero formidable, que había pasado de instigar discretamente los asesinatos de líderes rojos como Rosa Luxemburg en el caos que siguió a la Gran Guerra a liderar la contrainteligencia alemana y dirigir a todo un imperio de agentes, espías, saboteadores e informantes. No todos los días se recibían instrucciones directas del «viejo canoso», y Bora se quedó desconcertado.

La primera vez que puso un pie dentro del cuartel general de la Abwehr, el almirante estaba casualmente en el recibidor con su estado mayor y le sorprendió al girarse para elogiar su saludo militar.

—Una ejecución de lo más elegante. ¿Quién eres, hijo? —La anticuada cortesía que mostraba hacia Bora y hacia el resto de sus subordinados y el uso del tratamiento familiar *du* no cambiaron durante los meses siguientes. Aunque nunca prolongaba las reuniones más allá de las 10 p.m., el jefe padecía de insomnio y podía presentarse a cualquier hora

en su lugar de trabajo. Bora, por su parte, tenía una habitación en el edificio, en el que dormía a menudo. La noche anterior, mientras se preparaba para partir rumbo al aeropuerto, Canaris entró en el recibidor tras dar un paseo bajo la lluvia, protegido por su abrigo de la Armada.

—¿Adónde vas a estas horas, capitán? —preguntó. Y cuando Bora contestó que estaba a punto de partir rumbo a París, Canaris comentó:

—Ah, sí, ya lo sabía —y añadió, apartando los ojos de la alta figura del joven—: Nos resultarás muy útil allí.

Y ahora, esto. Bora deslizó el índice enguantado por debajo de la solapa para abrir el sobre. El breve texto escrito a máquina solo revelaba lo indispensable: que debía presentarse lo antes posible en el barrio de Saint-Germain, sin especificar la dirección, y después dar parte al *Generaloberst* Blaskowitz en el cuartel general del Ejército en Rennes. El nombre, escrito en mayúsculas, del comandante de Bora y gobernador militar de Polonia, al que hacía poco que habían destituido del cargo por una supuesta falta de fiabilidad política y al que habían degradado por debajo de su rango, sugería por qué el jefe había preferido mantener en secreto estas órdenes y no impartirlas en Berlín.

Dar parte a Blaskowitz era una tarea completamente distinta de la de seguir y vigilar a un oficial para el coronel Kinzel en París. Compaginar ambas misiones iba a ser difícil. Bora prefería no adelantarse a los acontecimientos, pero no pudo evitar sentir cierta inquietud. Cerró los ojos y por un momento volvió a Cracovia, cuando el parpadeo de las luces del techo y el chirrido de las puertas de cristal de la vitrina preludiaron el estruendo de los tanques al avanzar por las calles. Su experiencia en Polonia lo había enemistado con el Servicio de Seguridad. En los tiempos que corrían, tenía que andarse con ojo, ahora que todo lo demás, incluidas su instrucción en la Abwehr y la guerra, parecía ir sobre ruedas.

Dado que la carta no especificaba ni el día ni la hora en que debían producirse los encuentros, daba la impresión de que lo esperaban tanto en Saint-Germain como en Rennes. Pero, ¿en qué parte de la margen izquierda debía presentarse? ¿Y ante quién?

Desconcertado, Bora recordó la tarjeta de visita que el ratón gris le había presentado rápidamente antes de escabullirse. «Por supuesto —pensó—, no es la tarjeta de la librería Larousse; esa información estaba dentro del sobre de manila». Se la sacó del bolsillo y vio que la tarjeta apuntaba a Nicouline, una tienda de antigüedades especializada en artículos relacionados con la música, situada en la rue de Bellechasse. Nicouline parecía un apellido eslavo afrancesado: Nikulin. En cuanto a Bellechasse, en la geografía de guerra de Bora, era una de esas calles que corta en dos un barrio antiguo; no muy lejos de la embajada soviética. Fuera cual fuese su tarea, si el mismísimo «viejo canoso» se tomaba tantas molestias y recurría a métodos tan poco ortodoxos para enviarlo hasta allí, quería decir que Kinzel no estaba informado ni debía estarlo. Pero lejos de achantarse, Bora empezó a acalorarse bajo el abrigo. «Hice bien en indicarle el Palais de Bourbon. Me vendrá bien caminar bajo la lluvia y aclararme las ideas antes de reunirme con el coronel, que se preguntará qué contiene el sobre sin señas... a no ser que a la *Führerin* le confiaran el sobre y la tarjeta de Bellechasse por separado y que Kinzel ignore su existencia».

Cuando el taxi se desvió inesperadamente del bulevar Lafayette, Bora no reaccionó. Vio varias señales de tráfico en alemán: seguramente había restricciones para los vehículos que se aproximasen al Sena desde el norte. Si cruzar el río en Île de la Cité significaba entrar en la zona protegida que rodeaba el Palacio de Justicia, había otros edificios importantes en torno a la Madeleine, entre ellos un puesto de mando de la Gestapo. A no ser que el taxista, sin decir palabra, quisiese llevar a su pasajero alemán por el trayecto más largo para que pudiese admirar por la ventanilla los célebres monumentos franceses, como Las Tullerías y los Campos Elíseos. Pero el desvío tenía que ver con una operación del Servicio de Seguridad: tras una línea de «caballos de Frisia», los pesados caballetes de metal utilizados para cortar carreteras, los soldados parecían estar vaciando un depósito o unos grandes almacenes.

El conductor, que llevaba un cigarro tras la oreja izquierda, se lo llevó a la boca con gesto malhumorado. Bora vio cómo frotaba con habilidad

una cerilla contra la caja sin despegar las manos del volante. «Qué demonios —empezó a jugar con una idea—; Bellechasse está bajando algo más adelante que el Palais de Bourbon: podría echar un vistazo rápido e ir andando a Raspail desde allí». Dobló con cuidado la carta y volvió a meterla en el sobre. Se la guardó junto con la tarjeta de visita en el bolsillo interno del abrigo y lo abrochó bien.

A ambos lados de la calle, a través de las ventanillas empañadas de lluvia del coche, los uniformes de los gendarmes franceses apostados en los cruces de las calles se desdibujaban hasta formar manchas oscuras casi irreconocibles y las avenidas y los anchos bulevares se abrían a derecha y a izquierda, separando las manzanas de color pastel. Kinzel en París... era el lugar perfecto para su cáustico sentido del humor. Bora lo conocía de una misión en Leipzig, su ciudad natal, hacía año y medio, durante la visita de unos representantes japoneses. «Menudo novato estaba hecho —pensó, con desacostumbrada comprensión hacia sí mismo—, un pimpollo que perdía los papeles en cuanto se veía con el agua al cuello». A punto de cumplir los veintisiete, se sentía completamente maduro y a años luz de distancia del chico confuso de entonces. Pero ahora, este aparte con el teniente general Blaskowitz había prendido un pequeño incendio de preocupación en su interior. Blaskowitz se había metido en líos al denunciar los abusos de las SS en Polonia, y Bora era uno de los jóvenes comandantes de compañía que le había proporcionado la información. Tendría que escuchar con atención lo que le decía Kinzel y revelarle solo lo estrictamente necesario.

Durante el trayecto, el conductor no cruzó ni una vez la mirada con Bora por el espejo retrovisor. Agitaba la cabeza, cubierta por una gorra negra, dando pequeñas sacudidas de izquierda a derecha, atento al paso de los camiones alemanes y a los semáforos. La boina y los movimientos bruscos le daban un aspecto de pájaro, como un herrero gigante en el asiento delantero. Conducía como si estuviese solo. Ni una sola vez abrió la boca, ni Bora (sospechando la reticencia del hombre a entablar conversación con un ocupante) quiso arriesgarse a hablar.

Rodearon por completo la Gare Saint-Lazare hasta que por fin les permitieron cruzar el río, justo enfrente del Palais de Bourbon. La lluvia había amainado. Bora pagó y esperó a que el taxi se alejase antes de echar a andar. Siguió el mapa desde el bulevar de Bourgogne para evitar el antiguo Ministerio de Defensa francés (que, sin duda, estaría vigilado por patrullas alemanas de todo tipo) y pronto llegó a Bellechasse. La tienda, situada en el número 15, era un edificio estrecho y bajo que le recordó a las fachadas diminutas, como de casitas de muñecas, del Callejón del Oro de Praga. Embutida entre dos grandes manzanas, su desvencijada fachada tenía una puerta y dos ventanas: una con las contraventanas cerradas en el piso de arriba y una más pequeña a la izquierda de la puerta, que no podía considerarse un escaparate, aunque podían ponerse objetos a la vista en el alféizar (no había ninguno). Tanto la puerta como las ventanas estaban cerradas. No había señales de vida en el interior.

Bora esperaba cualquier cosa menos una tienda abandonada. Dentro, el reflejo de un espejo apoyado contra la pared del fondo, que le devolvió su propia imagen a través del cristal de la ventana, lo afectó de una forma extraña. Debido a la oscuridad del interior y al tiempo sombrío y nublado del exterior, daba la impresión de que su figura no estuviese en la acera de una calle de ciudad, sino en un espacio indefinido que se alargaba como un catalejo; como si estuviese en uno de esos palacios barrocos en los que los pasillos se enlazan uno tras otro, hasta que todo se convierte en un único embudo alargado de techos y suelos. La ausencia de peatones a sus espaldas y el oscuro vacío de la tienda contribuían a la impresión de un túnel solitario donde el espacio y el tiempo se disolvían. Comparó el número del edificio con la dirección que figuraba en la tarjeta de visita y se dijo que de nada serviría empujar la puerta, pero no pudo evitar intentarlo.

Bien encajado entre las hojas de madera para protegerlo de la lluvia (y de miradas indiscretas), un trozo de cartón doblado rezaba, a lápiz: *On a déménagé à rue Zacharias.*

Rue Zacharias. Bora no sabía dónde estaba. El mapa le mostró la calle en cuestión a cierta distancia de donde estaba, al otro lado del bule-

var Raspail, al norte de los Jardines de Luxemburgo. Si el negocio se había trasladado, tendría que dejar la visita para otro momento: al coronel Hans Kinzel no le gustaba que lo hiciesen esperar.

Aunque había poca distancia entre Bellechasse y la librería, Bora decidió cubrir sus huellas por si alguien lo seguía. Llegó a la parada de metro más cercana y tomó el tren subterráneo hasta la calle Babylone, perpendicular a Raspail. Los civiles le dieron descaradamente la espalda durante el breve trayecto, excepto un niño pequeño, que recibió una sonora bofetada de su madre y al que pronto alejaron del alemán. «Me dirijo a Babilonia y eso debe de significar algo», pensó Bora. La lluvia lo esperaba al salir del metro y lo siguió hasta la soberbia librería, situada en el número 114b.

LIBRERÍA LAROUSSE, BULEVAR RASPAIL, 11:30 A.M.

La empleada que atendía tras el mostrador, rubia como una alemana y guapa, volvió a fijar fríamente los ojos en el papel en el que estaba garbateando y dejó pasar a Bora sin dedicarle una segunda mirada.

—Vaya, vaya, capitán. Llovía el día en que nos conocimos, y sigue lloviendo.

Frente al telón de fondo de la literatura contemporánea, vestido de civil como acostumbraba, Kinzel era la viva estampa de un hombre con carrera universitaria. Se había dejado crecer un poco el pelo rojizo desde la época de Leipzig y ahora lo llevaba a la moda, peinado y con raya, y ya no se rasuraba las sienes.

Bora estrechó la mano que le tendía el coronel, tomándolo como una señal de que no lo saludase por su rango al alcance del oído de las empleadas.

—Señor.

La discreta pulcritud del traje de Kinzel resultaba de lo más intrigante, por no hablar del olor a *aftershave*; nada propio de él, a menos que hubiese una mujer en juego. Si Bora no le hubiese visto disparar a un hombre a bocajarro a la cabeza con sus propios ojos, lo habría tomado por un conferenciante que estuviese de gira.